

**ORDENACIÓN DE DIÁCONO
DE D. EMILIO MAZA TRUEBA
S. I. Catedral, 8.12.2009**

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Hoy, 8 de diciembre, es la “solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, que, llena de gracia y bendita entre las mujeres en previsión del Nacimiento y de la Muerte salvífica del Hijo de Dios, desde el mismo primer instante de su Concepción fue preservada de toda culpa original, por singular privilegio de Dios” (Elog. del Martirologio Romano).

En María se concentran y culminan las esperanzas del A.T. La fiesta de la Inmaculada Concepción, enmarcada en el tiempo de Adviento, nos presenta a María como modelo de oración y espera, de vigilancia y de entrega. Eva, la madre de todos los vivientes, encarna el origen del pecado del mundo. María, la nueva Eva, encarna la nueva vida, la nueva belleza (*1 lect.*). María, la “llena de gracia” y la elegida de Dios, por su adhesión total a la palabra del ángel es la portadora de la salvación al mundo (*Ev.*). Dios ha elegido y bendecido a María y nos ha bendecido a nosotros para que seamos santos en su querido Hijo (*2 lect.*).

Estamos participando en la solemne celebración de la Eucaristía, dentro de la cual voy a administrar el sacramento del Orden sagrado, en el grado de Diácono, a Emilio Maza Trueba, que manifiesta sentir la vocación del Señor para servirle en la Iglesia como sacerdote.

En este día de fiesta, nuestra Diócesis de Santander exulta de gozo, porque Dios nos bendice con esta ordenación diaconal. Hoy, querido Emilio, en esta asamblea litúrgica reunida en la S. I. Catedral toma cuerpo y se hace encarnación viva esa historia de amor, que es tu vocación al ministerio ordenado, en la que han intervenido muchas personas con rostros concretos y en circunstancias singulares. Tus padres, Severino y María Ángeles, tu hermano Álvaro y familia; los párrocos de Ramales de la Victoria y los fieles de tu pueblo; el Rector, formadores, profesores, compañeros seminaristas y personal de servicio de nuestro Seminario; tantos sacerdotes, que Dios ha puesto en tu camino, personas y amigos, especialmente jóvenes, que hoy te acompañan y arropan. ¡Cuánta gracia de Dios derramada en el curso de tu vida!. ¡Qué misterio de amor y belleza el de la vocación al ministerio ordenado!.

Para llegar a este momento y dar el paso hacia delante, te has preparado largamente en el Seminario, que es el “presbiterio en gestación”. Por eso hoy es un día de fiesta para la familia del Seminario de Monte Corbán. Hoy es día de cosecha de un fruto maduro, de acción de gracias a Dios por el gran regalo que nos hace. ¡Ojalá sea semilla y promesa de nuevos ingresos de niños, adolescentes, jóvenes y no tan jóvenes en el Seminario y un día sean sacerdotes. Desde aquí os hago a todos una llamada apremiante para seguir trabajando con mayor ahínco en la pastoral vocacional. Las vocaciones existen, pero hay que buscarlas. Hay crisis de vocaciones, porque hay falta de personas que hagan la llamada. Siempre hay personas que desean escuchar cosas buenas, pero faltan, a veces, quienes se dediquen a anunciarlas (cfr. San Gregorio Magno, *Hom 17 sobre los Evangelios*). Dios es siempre el que llama, pero es necesario favorecer la escucha y alentar la generosidad de la respuesta. Y vosotros, jóvenes que me escucháis, poneos en actitud de escuchar la voz de Dios y decidle como el joven

Samuel: “*Habla, Señor, que tu siervo escucha*” (1 Sam 3, 9). No tengáis miedo de seguir a Jesucristo para ser sus sacerdotes. Es un camino de cruz, pero también de gloria.

Misterio del Diaconado

El diaconado, que recibes, Emilio, es un ministerio de amor para el servicio de Dios, de la Iglesia y de los hombres. Mediante la imposición de mis manos y la oración de consagración vas a ser configurado sacramentalmente con Cristo *Siervo* y vas a recibir una gracia especial para encarnar en tu vida las actitudes del mismo Cristo “que no vino a ser servido, sino a servir y dar la vida en rescate por todos” (Mt 20, 28). Mira al Siervo de Yavé, humilde y paciente, que tomó sobre sí nuestros pecados (cfr. Is 53, 3-5); contempla a Jesús, el Buen Samaritano (cfr. Lc 10, 33-34), que se inclinó amorosamente sobre el hombre tirado al borde del camino y le curó con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza; mira a Cristo, “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2, 8), que se inmoló dando su vida (cfr. Mt 20, 18), que dio testimonio de su amor hasta el fin, hasta el extremo (cfr. Jn 13, 1). De este “ser siervo” de Jesús, forma parte el *lavatorio de los pies* (cfr. Jn 13, 1-17). Esta escena de la vida de Jesús tiene que ser un paradigma en tu espiritualidad de diácono permanente. La unión con Cristo, que es necesario que cultives en la oración intensa, en la vida sacramental y, en particular, en la adoración eucarística, es de suma importancia para tu ministerio, para que puedas testimoniar realmente el amor de Dios.

Al ser ordenado de diácono ejercitas un triple servicio, una triple *diakonía*: la de la Palabra, la de la Eucaristía y la de la Caridad.

Servicio de la Palabra. Por ello, en la ceremonia de ordenación te entregaré el Evangelio con estas palabras: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviértete en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enseñalo, y cumple aquello que has enseñado”.

Servicio de la Eucaristía. Como diácono serás también colaborador del Obispo y de los sacerdotes en la celebración de la Eucaristía, el gran misterio de la fe. Se te entrega el Cuerpo y la Sangre de Cristo para que los recibas y se alimenten los fieles. Trata siempre los santos misterios con íntima adoración, con recogimiento exterior y con devoción de espíritu, que sean expresión de un alma que cree y que es consciente de la alta dignidad de su tarea.

Servicio de la Caridad. Como diácono se te confía de modo especial el servicio de la caridad, que se encuentra en el origen de la institución de los diáconos, como aparece en el Libro de los Hechos de los Apóstoles (cfr. Hch 6, 1-7). El ministerio de la caridad brota de la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida de la Iglesia. La Eucaristía lleva a la comunión con Cristo y con los hermanos, especialmente con los más pobres y necesitados. Atender a las necesidades de los otros, solidarizarse con sus gozos y esperanzas, angustias y tristezas, son los signos distintivos de un cristiano y, de modo singular, de un diácono. Se compasivo, solidario, acogedor y benigno con los demás; dedica a los otros tu persona, tu tiempo, tu trabajo y tu vida. San Policarpo exhorta a los diáconos: a “ser sobrios en todo, misericordiosos, celosos, inspirados en su conducta por la verdad del Señor que se ha hecho siervo de todos”.

Una señal y estímulo de la caridad pastoral es el *celibato*, que hoy prometes observar durante toda la vida por causa del Reino de los cielos y para el servicio de Dios y de los hombres. El celibato es un don precioso de la gracia, que el Padre concede a algunos (cfr. Mt 19, 11; 1 Cor 7, 7), para que se consagren sólo a Dios con un corazón indiviso.

Queridos hermanos: la Eucaristía que estamos celebrando es el acto supremo del sacrificio de Cristo al Padre y de servicio a los hombres. Que la Virgen María, en el misterio de la Inmaculada Concepción, mujer del servicio humilde y generoso, acompañe siempre en sus caminos a nuestro hermano Emilio y le ayude a ser fiel al ministerio del Diaconado que va a recibir. Y oremos a Dios, fuente y origen de todo don, que nos conceda semillas de nuevas vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada. Amén.